

TRAVESÍA DESDE MISIONES HASTA LOS ANDES

El desierto, antes de llegar a San Pedro de Atacama, en Chile, viajando desde la Argentina. Los europeos pagan para ver allí los atardeceres, entre dunas y volcanes.

# ROMPIENDO HORIZONTES

TRES MIL KILÓMETROS EN DOCE DÍAS, A BORDO DE 27 CAMIONETAS 4X4. EL IMPENETRABLE, LA PUNA, LA CORDILLERA. EL FRÍO EXTREMO, EL CALOR INSUFRIBLE, LA POBREZA INFINITA, EL ASOMBRO PERPETUO. UNA EXPERIENCIA INOLVIDABLE, RELATADA PASO A PASO.

## El recorrido

- 1 Cataratas del Iguazú
- 2 Clorinda
- 3 Formosa
- 4 Cruce del Bermejo
- 5 Jujuy
- 6 Paso Socompa
- 7 San Pedro de Atacama

Recorrido total  
2.930 km

## LOS NÚMEROS

- Viajaron 125 personas: 26 competidores, 25 periodistas y el resto, de la organización, en 27 vehículos. Recorrieron 2.950 km, consumieron 12.000 litros de gas oil. Valor de cada camioneta: 30.000 dólares.
- Los pasos más altos: San Antonio de los Cobres, Santa Rosa de los Pastos Grandes (4.700 msnm), Paso de Jama (4.850 msnm).
- Recorrido (simplificado): Puerto Iguazú (Misiones), Paraná (Brasil)-Asunción (Paraguay)-Clorinda, Racedo Escobar (Formosa)-Presidencia Roca, Castelli, Miraflores, Misión Nueva Pompeya (Chaco)-Rivadavia, Las Lagunas (Salta)-Vinalito, El Fuerte, San Salvador, Purmamarca, El Angosto (Jujuy)-San Bernardo de las Zorras, Santa Rosa de Tastil, Abra del Gallo, Salar del Diablo, Mina del Diablo, Paso Socompa (Salta)-III Región, Salar de Atacama, Valle de la Luna, San Pedro de Atacama (Chile).

Por Luis Frontera  
Fotos Mariano Soler / Off Road 4x4

**LA HISTORIA CONTIENE** varias narraciones, muchas zonas increíbles del país, demasiados asombros.

Comienza en una travesía que organiza Off Road (heredera argentina del rally Camel Trophy), auspiciada por Toyota. Cumplimos en contar con fidelidad, y sin dejar de lado la propia manera de ver, lo observado durante ese viaje de 12 días y 3.000 kilómetros, al mirar por la ventanilla o hacia adentro del vehículo. El paisaje y las personas.

Estuvimos, por ejemplo, en "el pueblo más pobre de la Argentina". En Rivadavia, Salta, la desocupación alcanza al 99 por ciento de sus ocho mil habitantes. El año pasado murieron de hambre treinta y cuatro

niños: "Su cuerpito me cabía en una mano", dijo un vecino sobre una de esas víctimas. Allí, donde comer es un triunfo contra la muerte, vi el absurdo de la humanidad: al pueblo con un presupuesto anual de 17.000 pesos, entraron una noche 2.000.000 de pesos (valor aproximado de las camionetas) y, como si nada, se fueron a la mañana.

Pasamos por sitios cuyos nombres lo dicen todo (Destierro, La Llorona, El Quebranto). En la selva descubrimos cactus gigantes, nidos colgantes y arañas que tejían estrellas. Con la noche, luego, pudimos oír algo como cachetazos en el agua, ramas sacudirse sin viento, relinchos de animales inexistentes. En medio del croar de la naturaleza, entendí lo que escribió Alejo Carpentier sobre la selva: "He asistido al Nacimiento de la Música".

Más de cien personas compitiendo en manejo, navegación satelital, compañerismo

y primeros auxilios. Un piloto de cada provincia (más dos de Chile) y decenas de periodistas. Desafiando a la naturaleza y, al mismo tiempo, revelando con sus comportamientos el alma de los argentinos.

## Esperando a la sueca

El Chaco (cazar, en quechua) es una zona de la Argentina, Paraguay y Bolivia, habitado originalmente por wichis, mataguayos, maticos, lule-vilelas y guaycurúes. Al cruzar Pampa del Indio, evoco que en Napalpí, en 1924, una tribu enfrentó sin armas a las tropas, bailando, creyendo que la danza los volvía inmunes a las balas: hubo 500 tiros y murieron fusilados 200 indios.

Cruzo Formosa con dos competidores a quienes llaman "los motoqueros", porque corren enduro: Carlos Gelmini (46), uruguayo radicado en Entre Ríos, comerciante, y Daniel Giugge (47), de Santa Fe, conta-



Campamento y calma. Algunas noches hubo temperaturas de 30°, en el Chaco salteño. Poco después, en la cordillera, el grupo dormiría a 15° bajo cero.

dor. Al abrir las ventanillas entran ráfagas de fuego y nos rodean mosquitos grandes como bombarderos. Al golpearlos, la cantidad de sangre que dejan en la piel atrae a muchos más.

Al llegar a Formosa, advierto el funcionamiento popular de la inflación: el chipá (harina de trigo al horno) valía cinco por un peso y triplicó su precio: "Porque ahora un dólar son tres pesos", dicen los vendedores callejeros.

Cruza la ruta una yará (1,30 metro de largo), y en Colonia Villafañe veo, en una cuadra, siete templos de cultos diferentes. En uno hay un gran cartel: "La muerte ha sido vencida. Ya no hay lugar para el dolor". Pasan procesiones, casi felices. Pienso que, como los de ellos serían los rostros de personas que, siendo insultadas todos los días, escuchasen de pronto que un ángel las felicita por sufrir.

A la 0.10 acampamos a 200 metros del Río Bermejo. Los de la travesía se reúnen, festivos. Cocinan. Toman cerveza. Cantan. Aparece una rubia periodista sueca, con una remera de encajes negros. Y surgen quienes teorizan, con gestos no desprovistos de encanto, sobre "la libertad sexual de los suecos". Mientras, al ir "al baño" en la noche montaraz, unos descubren que los in-

sectos prefieren morder ciertas zonas (nalgas y párpados). Otros, despojados de teorizaciones, se ponen directamente a gritar: "¡Que venga la sueca!".

En la carpa, individual, las hormigas pinchan como agujas. Me equivoco y tiro repelente adentro. Me asfixio. Y se cumple el vaticinio de los baquianos: los insectos formoseños comen el repelente, sólo sirve para enorgorarlos.

### Hazaña y sorpresa

Nadie, nunca, cruzó el Bermejo en camioneta. Un olvidado, Natalio Roldán, entre 1871/84 navegó aquí con su empresa hasta el Río de la Plata, entre indios que lo acosaban. El pueblo creció: había gringos de poncho, indios de panamá y frailes de fusil en bandolera. Cinco de aquellos barcos naufragaron. El sueño comercial de la zona se frustró.

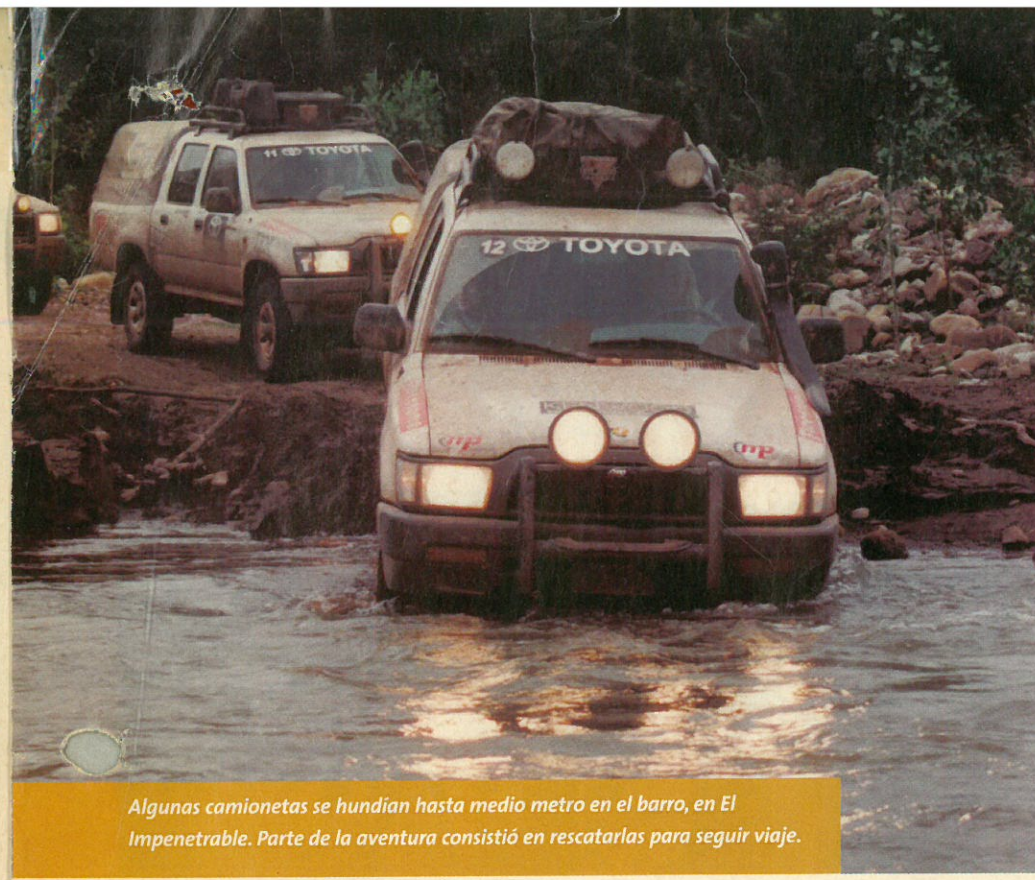
Ahora, en la orilla de Roca, la gente se apiña para ver las 4x4. El paisano Ibarra, criollo huraño, padre de 12 hijos, dice: "Va a llover". A las 8.10 empieza el cruce, bajo un diluvio. Las 4x4 se empantanaron: si uno pisa acá, la tierra tiembla más allá, como un colchón de agua. Los pilotos cortan ramas. Las ponen bajo las ruedas. Quique Cammarata conduce a todos; Flavio Yarade coordina y Osvaldo Chapitel ratifica su prestigio en rally.

Alguien tala un álamo. Ibarra, señalando otro álamo que queda en pie, dice con una voz a la que nadie imaginaría pidiendo por favor: "Ése que mataron ustedes, era hermano de aquél". Fernando Casares, piloto de Jujuy, comenta luego: "Fui uno de los que lo cortó. Pero fue un caso de fuerza mayor. No había otra manera de pasar".

El río suele tener 50 metros de ancho. Hoy mide 150. Traen el pontón. Arrastran la primera camioneta. Algunos se tiran al agua para hacer amarres. No les importan las palometas ("parientas de las pirañas", dicen en la zona). En 4 horas de lucha, pasa una camioneta. Y las otras lo hacen en 30 minutos cada una: una hazaña. Los vecinos, que al principio parecían desear que se cayeran al agua, ahora aplauden con regocijo.

Ramón (14) me lleva a recorrer Roca. Su orgullo y el de todo el pueblo es que aquí no hay robos. Lo dicen Pepa en su restaurante y Juan en el locutorio: "Nadie toca lo ajeno". Ramón, al atardecer, se queda mirando el campamento. Alguien de Off Road lo echa: "Andate, pibe. Nos quitás intimidad". Ramón, triste, me pregunta después: "¿Qué es la intimidad?".

A la 0.30 hay un alboroto amargo: hay que levantarse y revisar, porque hubo robos. Saquearon dos carpas. Se llevaron dinero y



Algunas camionetas se hundían hasta medio metro en el barro, en El Impenetrable. Parte de la aventura consistió en rescatarlas para seguir viaje.

documentos. La prueba que algunos precisaban. Un piloto, ofendido, le dice al compañero: "¿Y? Ese pueblo que vos defendés tanto, ¿qué nos quiso decir con este robo?".

Anoto en un cuaderno: "Tal vez no quisieron decirnos nada. En las tragedias griegas se sabía por el coro lo que estaba pasando. En esta Sudamérica empobrecida habría también que aprender a escucharlo. El coro de nuestra tragedia está en los tambores, los silencios y las frustraciones de estos habitantes del desamparo".

### Cuaderno de la selva

La fortuna del Chaco fue un relámpago, en la Primera Guerra, cuando el quebracho colorado suplió a la hulla inglesa. Luego cayó la demanda mundial y La Forestal, dueña de 400.000 hectáreas, agotó las reservas naturales. Con "los motoqueros" cruzamos el Chaco mirando los cardenales y el martín pescador, la garza que come parásitos sobre el lomo del cebú.

En Castelli suele haber más de 50°. Tengo fiebre por las quemaduras de sol en los brazos. Veo cuatro hombres, usan viseras con publicidad, las cuatro de partidos políticos distintos. En Miraflores empieza El Impenetrable. La lluvia, el calor, la maleza y los insectos impiden pasar al hombre que,

ante la selva, siente un miedo infundado pero instintivo.

Paramos en un pantano. Aparecen indios de no se sabe dónde. Venden Cristos tallados, y tejidos. Los niños tienen barriguitas hinchadas de hambre y las madres ojeras naturales de santas. Todo entre gusanos inmensos, bellos y repelentes, y plantas con púas de 10 centímetros.

A medianoche, masticando tierra, llegamos a Las Acheras (350 habitantes). No hay agua potable. Ni mineral. En el único almacén sólo venden gaseosas y mortadela. Allí, con Tomás Djapic, piloto de Río Negro, vemos venir una araña. Me paro junto a ella y veo que es grande como mi zapatilla.

Carlos Palavecino atiende con su bebé en brazos, y pide que no espante a la araña pollito: "Es nuestra defensa contra las viboras", dice, bajo una luz mortecina.

Al día siguiente, los gallos cantan subidos a los techos de las camionetas. Palavecino cuenta sobre la paz del lugar, pero avisa que si hay una pelea, es a muerte: "¿Ve aquél?", dice, y señala a un joven de mirada perdida que, más que sentado, está derramado en una silla. "Le dieron un botellazo en la cabeza en enero. Quedó así...".

A la noche, con 40°, luego de extraviarnos en un bosque como el de Blair Witch,

## Rivadavia, en Salta

### EL PUEBLO MÁS POBRE DE LA ARGENTINA

Domingo Faustino Suárez (66), justicialista, policía retirado, fue elegido intendente de Rivadavia por el 82 por ciento de los votos. El pueblo, fundado en 1872, durante las campañas al desierto en el Chaco, tiene ocho mil km² de territorio y ocho mil habitantes. Está a 400 km de Salta Capital.

—¿Cuál es el porcentaje de la desocupación en Rivadavia?

—El 99 por ciento. Y dentro de ese uno por ciento que tiene trabajo hay que contar a policías, militares, médicos y maestros. Éste es el municipio más pobre del país.

—¿Cuál es el estado sanitario?

—Hay un 82 por ciento de la población con las necesidades básicas insatisfechas. La gran mayoría sufre el mal de Chagas y brucelosis y hay una gran mortandad infantil por desnutrición. El año pasado murieron 34 recién nacidos. También se sufre el alcoholismo...

—¿Por qué no explica, si son tan pobres, de dónde sacan para el vino?

—Muy fácil. Porque aquí los borrachos no tienen vino. Juntan agua en una gran cacerola, consiguen alcohol fino, mezclan y toman eso. Y mueren muy mal, al tiempo. Es como dice la zamba: "Para vivir como viven mejor no morir de viejo".

—¿Cómo están en materia de educación?

—Aquí muchos chicos van al colegio. Porque es la única manera de comer. Tenemos 60 centavos diarios por chico para el comedor escolar. Pero la harina, hasta hace poco, costaba 14 pesos la bolsa. Y ahora vale 50 pesos.

—¿Cuál es el presupuesto de Rivadavia?

—Es de 17.000 pesos, pesos, no dólares, por año.

—¿El agua es potable?

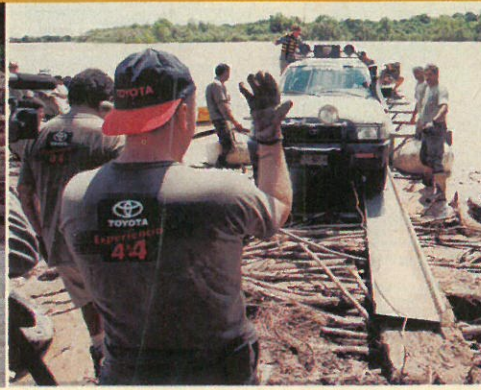
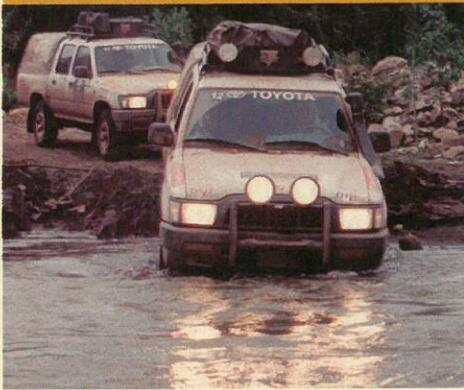
—No. Pero es tomable, aunque tiene arsénico y sal.

—¿Quiere enviar algún mensaje?

—Sí. Necesitamos alimentos y zapatillas para los chicos. Especialmente a los cristianos les digo esto: piensen que aquí los diablitos son muchos y el agua bendita muy poca.



Arriba, a la izquierda, "lingan" una camioneta (la enganchan para remolcarla). En el centro, la puna, y luego el rescate de un vehículo incrustando palos en el barro. Debajo, el cruce de un río en Jujuy, en el centro un pontón con una camioneta, y el festejo final de los participantes.



llegamos a Rivadavia. Consigo una ducha en la FM local. Abro el agua, enciendo la luz, pero cae una inolvidable lluvia de insectos. Salgo descalzo entre cascarudos y sapos, mientras me quito de todo el cuerpo cucarachas voladoras, arañas y mosquitos.

### El viaje majestuoso

Entramos a Jujuy por Fuerte y Santa Clara, sorprendidos por una "belleza patagónica", entre montañas, bosques de helechos y bandadas de pájaros. Al salir de Jujuy, el navegador Pedro Gutovny, fuente de datos y sabias reflexiones, dice: "Si la primera parte del recorrido fue bella, ésta es majestuosa".

Cruzamos la Cuesta del Lipán, a 3.400 m de altura. Entramos a una nube. Y al salir vemos un camión volcado y destruido. La muerte y la puna traen tristeza. Con "los motoqueros" bebemos continuamente agua para hidratarnos. Compré hojas de coca, que me dan resultado contra el apunamiento, y que también aumentaron de precio "porque subió el dólar" (¿?).

Dormimos en la mina La Casualidad, a 3.800 de altura, con -15° de temperatura. Ahora es una ciudad abandonada en la cordillera, pero aquí trabajaban 4.000 personas. Acampamos en lo que fue una iglesia. Como no hay puertas, ponemos una gran

chapa. Como no hay baños, y estamos muy hidratados, salimos todo el tiempo a una noche que recuerda a García Lorca: "El cielo se les antoja una vitrina de espuelas".

A la noche siguiente acampamos en Soconpa. La puna pega: sangra la nariz, duele la cabeza y estoy mareado. Me revuelvo buscando el sueño. Hace frío. Vienen sueños melancólicos, propios del apunamiento: sueño que uno de mis nietos, temblando, me pide abrigo. Le hago lugar en la bolsa de dormir y me siento mejor. Pero me despierto al pensar qué harán aquí otros abuelos que no tienen calor ni alimento para dar.

El piloto José Mosso, de La Pampa, que ganó el Premio al Compañerismo, nos daba oxígeno a cada hora. Y al otro día el de Tucumán, Martínez Zaracho, invitó un desayuno espléndido: trigo, café, leche y frutas.

Pero en este viaje el peligro es imprevisible. Los pilotos detienen la 4x4 a metros de un puesto de gendarmería y se bajan. En el asiento de atrás me pongo auriculares para desgrabar una casete, y cierro la ventanilla por el frío. No escucho a unos empleados que gritan desesperados: "¡Viene el tren!". La camioneta está sobre las vías. El piloto fueguino Gustavo Lapa llega corriendo, saca la camioneta y me salva del Tren de las Nubes.

Llegamos a San Pedro de Atacama, en

Chile. Un pueblo terroso del siglo XVI en cuyas casas de adobe hay tecnologías del siglo XXI. Los turistas vienen de todo el mundo para ver el anochecer en el desierto y los volcanes. Es el fin de la travesía.

Al volver, en la inmensidad, pienso que nuestro país, aunque no tan pobre como lo que estamos, es algo menos rico de lo que suponemos. Crecimos escuchando que el territorio equivale a riqueza, pero ésa es una idea de la Edad Media, de cuando imperaba una fiebre por agregarle ceros al infinito. La extensión es un ideal, pero no es la riqueza.

Finalmente, luego de los tres mil kilómetros de esta travesía, y de los seis mil del viaje anterior (**Nueva** N° 522), entiendo qué quiso decir Ezequiel Martínez Estrada en *Radiografía de La Pampa*: "Trazaron nuestras fronteras según paralelos y meridianos. Y resultaron tantas partes desconectadas como porciones se disgregaron. Falta unidad interior: hemos crecido como para ocupar hasta el borde un recipiente, pero lo que ocurre adentro se parece más a una aglomeración que a la gestación de un cuerpo en el vientre de la madre. Aislarse y contemplarse con recelo fue, después, el gran mal de la soledad y de la ignorancia, y una clave para interpretar los enigmas de Sudamérica". (Continuará) **N**